

La Fiesta Mutante
La construcción histórica de la Feria de Julio de Valencia
The Feast Mutant
The historic construction of Valencia July Fair

Gil-Manuel Hernández i Martí

Departament de Sociologia i Antropologia Social,
Facultat de Ciències Socials, Universitat de València¹. España

gil.hernandez@uv.es

Resumen

En el presente artículo se pretende mostrar como las fiestas son construcciones sociales históricas, cuyas mutaciones son inseparables tanto de los diversos contextos políticos como de la acción institucional. Este es el caso de la Feria de Julio de Valencia, fundada en 1871 bajo los condicionantes de gusto burgués. En nuestro trabajo mostramos, apoyándonos en documentación histórica de prensa y archivo, las diversas etapas de la evolución de la Feria, insistiendo en cómo se va modificando su gestión cultural institucional. Si en un primer período de ascenso la Feria de Julio se convirtió en uno de los eventos más importantes de Valencia, más tarde el empuje de otras fiestas y el cambio en las preferencias del público fue hundiendo a la Feria en un declive progresivo que no hizo más que aumentar durante la segunda mitad del siglo XX, lo que obligó a la Feria a una lenta y progresiva reestructuración, de acuerdo con las nuevas demandas de la sociedad moderna global del ocio.

Palabras clave: Fiestas; Festivales; Rituales; Modernidad

Abstract

In the present article it is tried to show as the holidays they are social historical constructions, which mutations are inseparable both of the diverse political contexts and of the institutional action. This one is the case of Julio's Fair of Valencia, founded in in 1871 under the

¹ El presente artículo forma parte del proyecto *Metrópolis glocalizadas: el caso de Valencia. Espectacularización y precarización urbanas en las ciudades medianas I+D CSO2009-10715*



**Culturas. Revista de
Gestión Cultural**

Vol. 1, Nº 1, 2014
pp. 61-78
EISSN: 2386-7515

Recibido:21/10/2013
Aceptado:12/12/2013

requirements of bourgeois taste. In our work we show, resting on historical documentation of press and file, the diverse stages of the evolution of the Fair, insisting in since there is modified his cultural institutional management. So if at first period of euphoria and ascent, the Feria de Valencia managed to become one of the most important festive events in Valencia, taking on a distinctly popular character, then the thrust of other festivals and the change in the preferences of the public would go plunging it in a progressive decline that did nothing but increase during the second half of the twentieth century, which forced the fair to a slow reestablishment according to the new demands of modern society of leisure.

Keywords: Holidays, festivals, rituals, modernity

Las fiestas constituyen fenómenos culturales de enorme magnitud, pues además de concentrar una gran variedad de elementos patrimoniales (música, danza, gastronomía, artesanía, indumentaria, rituales, religiosidad o teatro, entre otros), se erigen en auténticos marcadores de la memoria colectiva, a la vez que representan ocasiones especiales de transformación de lo cotidiano en un tiempo y en un espacio marcados por lo excepcional, lo lúdico y lo sagrado. A mediados del siglo XIX, el sistema de fiestas de la sociedad tradicional valenciana comenzó a ser substituido por el sistema de fiestas de la modernidad. Ello comportó no sólo la reducción de días festivos en el calendario sino su profunda reorganización, influida por la progresiva secularización de la sociedad y por la aparición de nuevas sacralidades de signo civil, ligadas al culto de las identidades nacionales o regionales (Ariño, 1993). En este contexto, el viejo sistema festivo medieval fue desmontado pieza a pieza, y aquellas que se conservaron pasaron a servir al nuevo orden de cosas, al tiempo que aparecían nuevos eventos festivos que servirían para expresar las inquietudes la sociedad moderna, burguesa e industrial (Hernández, 2002).

En el caso de la ciudad de Valencia, el calendario festivo premoderno fue reelaborado para constituirse en un nuevo calendario a finales del siglo XX. Un calendario en el que emergían con potencia fiestas como las Fallas o la Virgen de los Desamparados, mientras languidecían el Corpus y el Carnaval. En un momento en el que la burguesía se hacía con las riendas políticas, sociales y económicas de la sociedad valenciana, resultó lógico que desde sus filas se planteara una fiesta que conjugara sus intereses culturales con los deseos de mostrar su nuevo prestigio y su poderío económico, muy en sintonía con los eventos, espectáculos y certámenes que otras burguesías estaban estimulando y organizando en Europa Occidental. Por ello no debe sorprender que en el último tercio del siglo XIX, justo cuando más se aceleró la modernización de la ciudad de Valencia, sumida en plena *Renaixença* cultural, emergiera la idea de un festival de amplios vuelos, con gran impacto ciudadano, como a la postre fue la Gran Feria de Valencia, popularmente conocida como la Feria de Julio (Hernández, 1998). De hecho, sus primeros carteles anunciadores evocan el espíritu, la estética y el ambiente de otros eventos similares celebrados en las

grandes ciudades europeas, conjugando, de alguna manera, un sentimiento regionalista y localista con una cierta reminiscencia de lo que por entonces se consideraba cosmopolita.

Con todo, también es sabido que las fiestas, en tanto productos culturales vivos, están sujetas a transformaciones ligadas a los cambios de la estructura social, al gusto cultural, a los intereses políticos o a las sensibilidades sociales (García Canclini, 2002). En este sentido, la Feria de Julio no ha sido una excepción, sino más bien un vivo ejemplo de las múltiples mutaciones que una fiesta moderna con aires de festival, puede experimentar a lo largo de sus casi 140 años de existencia, siempre bajo la gestión cultural más o menos directa del Ayuntamiento de Valencia. Así, si en un primer momento de euforia y ascensión la Feria de Valencia consiguió convertirse en uno de los máximos eventos festivos de Valencia, posteriormente el empuje de otras fiestas y el cambio de preferencias la iría sumiendo en una progresiva decadencia que no hizo más que acentuarse en la segunda mitad del siglo XX, hasta el punto de derivar en una especie de encrucijada que obligó a la Feria a buscar una especie de lenta refundación acorde a las nuevas exigencias de la moderna sociedad del ocio y el espectáculo. Por ello, en el trabajo que sigue, observaremos, en primer lugar, la época de nacimiento, ascensión y posterior decadencia de la Feria clásica, que llega aproximadamente hasta 1975. En segundo lugar, examinaremos el período de transición vivido por la Feria contemporánea entre la fecha señalada y finales de siglo XX. Por último, realizaremos un primer análisis de las transformaciones de la Feria de Valencia en la primera década del siglo XXI, las cuales parecen encaminarla a una suerte de reformulación bajo el modelo de los festivales culturales de verano. En todo caso, estamos ante una fiesta singular, por su origen y contenidos, que sigue constituyendo una de las innovaciones rituales de la Valencia moderna, sin ser por ello ajena a la influencia de la tradición local, de manera que más bien estamos hablando de una neotradición moderna (Hobsbawm y Ranger, 1988). Debe precisarse que para la realización del trabajo que analiza la evolución de la Feria de Julio desde su fundación hasta la Guerra Civil se han tomado en cuenta las obras de Almela i Vives (1934), Ariño (1993), Coloma (1998) y nuestro propio trabajo (Hernández, 1998). Para la etapa ferial del franquismo se han trabajado las noticias referidas a la misma aparecidas en los periódicos *Las Provincias* y *Levante*, entre los meses de julio y agosto de los años comprendidos entre 1939 y 1975, así como documentación de la sección de fiestas (Feria de Julio) del Archivo Histórico Municipal de Valencia y los programas anuales de festejos. Desde esta fecha hasta la actualidad se han seleccionado diversas noticias sobre la Feria aparecida en los diarios mencionados, junto a los programas de festejos de cada edición ferial.

1. Auge y decadencia de la Feria de Julio clásica

La popularmente conocida como Feria de Julio fue creada en 1871 con el nombre oficial de Gran Feria de Valencia sobre el precedente histórico de las famosas corridas de san Jaime, que atraían muchos

forasteros, motivo por el que la Feria se conoce también como *Fira de sant Jaume* (Hernández, 1998).

Ya en 1859 el *Diario Mercantil* propuso la creación de una feria que pudiera reportar beneficios al comercio local, pero no fue hasta 1871 cuando la burguesía valenciana ideó la Feria de Valencia como un espacio mercantil donde se plasmara el avance del progreso y se enaltecieran los valores burgueses. Según el razonamiento burgués el exceso de fiestas ofuscaba la razón y conducía directamente a los instintos irracionales. Pero si el nuevo proyecto cuajaba, la Feria sería la gran creación de la burguesía valenciana, como la Feria de Abril lo había sido unos años antes de la burguesía sevillana. Por lo tanto la Feria valenciana se puso en marcha a imitación tanto de su homónima andaluza como de las de otras ciudades europeas. Con ello se pretendía organizar un mercado público, una actividad estructuralmente económica, entendiendo el concepto "feria" en su acepción más restringida.

La primera edición ferial, organizada por las principales fuerzas socio-económicas locales, fue un gran éxito. La nueva fiesta implicaba la autocelebración de una burguesía en expansión y satisfecha de sí misma, lo que se plasmó en el talante de las celebraciones. La Feria de 1871 se instaló en el Paseo de La Alameda, entre el Puente del Real y el del Mar, espacio que constituía un lugar tradicional de paseo para la clase alta local. En este marco ferial se celebraban las veladas, tertulias y bailes de la alta sociedad y clases medias, mientras las clases populares deambulaban curioseando todo, participando en los diversos festejos según sus disponibilidades económicas, o siendo objeto de la caridad. Pero, tanto por la organización como por la forma de participación e integración, la Feria era una fiesta burguesa, organizada desde el Ayuntamiento que encarnaba la propia hegemonía burguesa.

Durante los primeros años predominó entre los organizadores la idea de subordinar espectáculos y diversiones a la vertiente mercantil de la Feria. Así lo demuestra el comentario aparecido el 9 de julio de 1871 en *Las Provincias*: "La importancia de Valencia como plaza mercantil, su numerosa población, que la coloca a la altura de las principales de España, su riqueza y posición topográfica, sus innumerables vías de comunicación, que la ponen en contacto inmediato con ricas provincias, ciudades populosas y pueblos importantes que se dan la mano con la hermosa capital del antiguo reino la indican como una de las más apropiadas de España para celebrar esta clase de mercados". Sin embargo, rápidamente estos actos festivos se impusieron sobre transacciones y exposiciones, configurando una fiesta nueva y diferente, con pretensiones de convertirse en fiesta mayor de la ciudad. A tales efectos se constituyó una Junta de Feria, responsable de la organización de la fiesta. La Junta de Feria era un organismo de carácter anual constituido y gestionado por el Ayuntamiento, pero dotado de cierta autonomía en la organización de los festejos, siempre dentro de los márgenes establecidos por el Reglamento, al menos desde 1893. Cada Junta anual se veía obligada a incorporar al programa de actos aquellas novedades deportivas o espectáculos que iban

apareciendo al compás de la aceleración del cambio social: ascenso de globos, carreras, o la hípica. El programa de actos se componía, en líneas generales, de exhibiciones y exposiciones, de concursos y competiciones, de espectáculos y diversiones.

La naciente Feria de Julio no era una fiesta religiosa, ni tampoco celebraba acontecimientos históricos o míticos, es decir, no se refería a ninguna justificación trascendente como el reencuentro con los propios orígenes o la proyección de uno futuro utópico. Pese a ello el programa de festejos descubría una explícita laicización de la festividad y una reducción a mercancía de los festejos, junto a una transferencia de sacralidad hacia los símbolos de los nuevos valores dominantes burgueses. Con todo, junto en los pabellones para las clases elevadas, la Feria intentó satisfacer los gustos de las clases populares con una serie de festejos y distracciones convenientes, lo cual evidenció un clasismo festivo conjugado con una especie de valencianismo ligado al sentimiento regionalista que promovieran los *Jocs Florals* (Juegos Florales) de la entidad valencianista Lo Rat Penat, que bien significativamente nacieron en el seno de la Feria en 1878. Se trataban de una justa poética, basada en las competiciones poéticas medievales, orientados al fomento de la lengua propia (valenciano/catalán), como expresión destacada de la *Renaixença*.

La Feria vivió su época dorada entre el último tercio del siglo XIX y comienzos del siglo XX (Ariño, 1993; Hernández, 1998). En sus programas proliferaban los desfiles histórico-alegóricas, las exposiciones, los congresos, la introducción de deportes modernos, los certámenes literarios, los fuegos artificiales y las atracciones populares. Bajo la coordinación de la Junta de Feria, los festejos, entre los que sobresalían la Feria taurina y el Certamen Musical de Bandas de Música (creado en 1886), consiguieron ejercer un gran atractivo sobre la población, especialmente a partir de la instauración en 1891 de la Batalla de Flores (*Batalla De Flors*), importada a imagen y semejanza de de las que se organizaban en Niza y Cannes. De hecho, el programa de festejos, que reproducía cada año una estructura similar, se caracterizaba por estar incurso a una dinámica de innovación. El éxito de los festejos, así como la reiteración de los ya exitosos, se medía por la cantidad de forasteros que llegaban a Valencia y el volumen de negocios realizado. Así, y como prueba colosal del esplendor ferial, debe resaltarse la instalación de gigantescas figuras en las calles, a modo de arcos triunfales, como el *Tío Nelo* en 1901, o *Nelet i Quiqueta* en 1904.

Por lo tanto, la Feria tenía una estructura dinámica y abierta en la que el cambio y la innovación no eran solos inducidos desde el exterior, como medio para la adecuación a las transformaciones sociales, sino que procedían del interior mismo de su propia estructura festiva. Con el tiempo, la Feria fue aumentando su duración en cuanto a días; eran 11 en 1872, 13 en 1891, con una duración media de entre 12 y 15 días. En 1919 abarcaba del 24 de julio al 5 de agosto, en 1934 del 22 de julio al 5 de agosto, e incluso estaba prevista una nueva ampliación para 1936, ya que la Feria debía transcurrir entre el 20 de julio y el 5 de agosto,

siendo como siempre su punto culminante la Batalla de Flores y un castillo de fuegos artificiales.

Uno de los elementos distintivos de la clásica Feria de Julio fueron los pabellones feriales. Los pabellones, que se montaban en el Paseo de la Alameda, eran instalaciones de carácter lujoso montadas por entidades ligadas a la burguesía, que llevaban a cabo un programa pleno de actas sociales destinados a reforzar la imagen pública de las clases dominantes. El emblemático Pabellón Municipal fue uno de los símbolos más destacados de la Feria de Julio. Primeramente el decorador Ricardo Alós construyó uno en estilo japonés, que fue sustituido en 1926 con el célebre pabellón de cúpulas realizado por el artista Carlos Cortina, que llegó a ser uno de los símbolos de la Feria hasta que desapareció en 1981.

La doble función de la Feria en cuanto a utilidad y distracción, como mercado y festividad, implicaba la sumisión de la política festiva a la lógica del consumo y la ganancia. El mecanismo generalizado de otorgar premios en varios actas (*Batalla de Flores*, *Jocs Florals*, certamen musical, deportes...) buscaba estimular la distinción y el buen gusto tanto como la competitividad individual. La *Batalla de Flors* fue introducida por iniciativa de Pascual Frigola, barón de Cortes de Pallás y presidente de Lo Rat Penat desde 1887. Comenzó a celebrarse en el Paseo de La Alameda, dado su carácter aristocrático. La Batalla de Flores fue la primera de sus características celebrada en España. Surgió a imitación de unos combates lúdicos similares que se celebraban con gran esplendor en Niza y Cannes, así como entre otras ciudades europeas. Desde el principio fue la "buena sociedad" la más interesada en el festejo, ya que desfilaba en carrozas y landós de un modo protagonista, proveída de flores por sus criados, que intercambiaba a modo de proyectiles en una batalla lúdica con los espectadores, mientras un jurado valoraba la belleza y méritos de las carrozas participantes. Se trataba de un festejo novedoso pero fácilmente aclimatable a la autodefinición burguesa de Valencia como "ciudad de las flores" y "perla mediterránea". Rápidamente la prensa sugirió que la Batalla de Flores era la fiesta por antonomasia de la Feria, pronosticando que muy pronto pasaría a atraer gran número de forasteros, como de hecho así sucedió. Este festejo todavía goza de alguna resonancia popular: en él, y ante el público concentrado en la Alameda, desfilan carrozas y landós por el recinto acotado. El acto comienza a las ocho de la tarde con una cascasa; los participantes dan una primera vuelta al circuito para que los jueces valoren las carretas, llenas de señoritas falleras y procedentes de las casas regionales. Una vez concluida esta vuelta el público tiene permiso para comenzar la "batalla de flores", donde se arrojan más de un millón de clavelones. La carroza ganadora recibe el Premio Barón de Cortes de Pallás, por el que compiten destacados artistas falleros y carroceros. El festejo concluye hora y media después de su inicio y deja el Paseo de la Alameda sembrado de flores. Asimismo, la Feria potenció las actividades deportivas a partir de 1907, como la aerostática, la hipica, los *rallys* de aviación, las carreras pedestres, de bicicletas, motocicletas y automóviles.

La primacía de la Feria de Julio en el calendario festivo de Valencia fue clara entre 1876 y 1916, cuando empezaron a hacerle la competencia las Fiestas de Mayo y después la Feria Muestrario, si bien fue el auge impresionante de las Fallas el que, junto al estancamiento de la dinámica innovadora ferial, hizo que hacia el fin de los años veinte la Feria entrara en una cierta decadencia. Lo muy cierto es que, aunque la Feria recibió el apoyo del comercio y otras sociedades de tipo cultural o deportivo, a diferencia de las Fallas, las fiestas de calle y las fiestas vicentinas, la fiesta ferial carecía de una base asociativa popular, situación ésta que la ponía a merced de los posibles cambios en las instituciones y la mayor o menor colaboración de las entidades mencionadas, generándose así el fermento de la decadencia.

Durante la II República los barrios populares celebraban sus propias verbenas en la calle. En 1931, pese a las numerosas huelgas, hubo Feria y renació la Batalla de Flores. En 1933 el Comité Central Fallero celebró la primera *Nit del Foc* con asistencia de más de 20.000 espectadores y pasó a presentar las falleras mayores en el marco ferial, mientras la Batalla de Flores lograba reunir a más de 30.000 personas y sólo por los Ferrocarriles del Norte llegaron 51.342 viajeros (Almela i Vives, 1934). Con todo, en los años treinta la Feria ya había perdido gran parte de su fuerza ante otras fiestas, especialmente ante las pujantes Fallas, capaces de condensar simbólicamente un cierto sentimiento valencianista (Ariño, 1993). Por ello, a la hora de la reanudación de las actividades feriales después de la Guerra Civil, las tendencias internas inherentes a la propia evolución ferial acabarían condicionando los esfuerzos del nuevo régimen por reorientar la Feria y elevar su posición en el calendario festivo de la ciudad (Hernández, 1998).

Poco tiempo después de finalizada la guerra, las autoridades franquistas pusieron en marcha la tarea de reconstrucción y relanzamiento de la Feria de Julio. Sin embargo, desde el primer momento hizo aparición tanto un discurso cuestionador de la Feria como otro claramente apologético, enfrentados en las formas, pero unidos en el fondo por el deseo de consolidar una fiesta en proceso de decadencia. El discurso cuestionador aparecía articulado por un eje central referido a la presunción de una crisis, estancamiento o decadencia de la Feria. Dicho discurso descansaba sobre el análisis contemporáneo de la fiesta ferial, a la que se diagnosticaba un estado decadente, lo que conducía a cuestionar su posible continuidad, o por lo menos su perpetuación sin cambios significativos. De este modo, se generó una polémica que contraponía los argumentos críticos y partidarios de la existencia de una decadencia ferial frente a otros de signo apologético, negadores de tal estado de decadencia.

El discurso decadentista, si bien no claramente oficial, por lo menos si fue claramente oficioso, al ser emitido por individuos bien relacionados con las esferas oficiales. Del mismo modo se puede distinguir, dentro una postura crítica, los diferentes grados de esta, pues lejos de ser uniforme, se nutre de visiones particulares y determinadas posiciones diferenciadas. Pero como ya se ha señalado, lo que en el fondo

pretendía el discurso decadentista era la recuperación y supervivencia de la Feria.

Al margen de la apología pura de la Feria, se pueden distinguir varios niveles dentro de la lectura oficial mayoritaria, que respondían a varios enfoques ideológicos o propuestas políticas: la visión más fascitizante de la primera posguerra, la visión conservadora y tradicionalista, vertebradora fundamental de la apología ferial, el proyecto interclasista, la apelación a la feria como atractivo turístico y motor económico o la lectura valencianista de la misma. En todo caso los objetivos del discurso oficial, y en el fondo también del oficioso, insistían en la potenciación de la Feria para facilitar su instrumentalización política.

Si bien la duración de la Feria no experimentó demasiado cambios, en los festejos se debe destacar la recuperación de los pabellones feriales hasta los años sesenta, debido a la progresiva sustitución de los viejos pabellones aristocráticos por los pabellones falleros, mucho más populares, y la decadencia de estos a partir de los años setenta, cuando la Feria sufrió el traslado desde su tradicional enclave en el paseo de la Alameda a una zona periférica de la ciudad.

Entre los festejos más importantes de esta época deben destacarse, en primer lugar, los *Jocs Florals*, con especial arraigo en la Feria, el valencianismo regionalista y la sociedad acomodado de la ciudad. Después de la guerra los *Jocs Florals* reemprendieron su orientación hacia un "sano regionalismo" apologético y laudatorio del españolidad valenciana y sus glorias locales, con importantes componentes fascitizantes, conservadores y tradicionalistas. Pero a partir de la mitad de los cincuenta experimentaron un giro hacia un valencianismo más reivindicativo y hacia una cierta recuperación lingüístico-cultural, que expresaba los cambios del valencianismo intelectual ligado a la sociedad Lo Rat Penat. En los años setenta los *Jocs Florals* se separaron de la Feria y se trasladaron a la fecha del 9 de Octubre. Otro de los festejos destacados fue la Retreta Militar, una especie de cabalgata histórico-patriótica que abría la Feria y que en 1942 conoció su última edición. No obstante, fue la Batalla de Flores el gran acto espectacular de la Feria, con la participación de un numeroso público, la presencia de carrozas diseñadas por prestigiosos artistas falleros y carroceros, y la concurrencia de muchas asociaciones cívicas y oficiales. Pero a la altura de los años setenta este festejo, otrora máximo acontecimiento popular de la Feria, también comenzó a sufrir una crisis de participantes y público. Además de los actos reseñados, hay que añadir el Certamen Musical de Bandas de Música, los bailes regionales, los fuegos artificiales, las tradicionales corridas de toros de *sant Jaume* y otros festejos menores que aparecían y desaparecían del programa oficial.

La mayoría de actos feriales se distribuían espacialmente con bastante claridad, evidenciándose dos zonas. Por un lado destaca la fuerte densidad de festejos que concentra el área del paseo de la Alameda y adyacentes, extendiéndose por los barrios de Exposición y Mestalla, aunque también por Jaume Roig. La segunda área más densa se puede situar en el centro de la ciudad. Aún se puede distinguir un tercer núcleo a la zona de puerto y la playa, junto al barrio del Grao. El resto,

o eran festejos itinerantes o combinados, o abarcaban toda la ciudad, o eran puntos aislados en el plano. Sin embargo, mientras las Fallas experimentaron una constante expansión por el tejido urbano de Valencia, la Feria, primada del asociacionismo popular propio de las Fallas, se estancó en pocas zonas puntuales de la ciudad, en un espacio mucho particularizado y ligado a su pasado originario, pese a los esfuerzos por promocionar la fiesta a través del turismo. Este particularismo espacial evidenciaba la falta de apoyo popular generalizado y una política municipal de contención de la Feria en sus límites tradicionales, que finalmente también se perdieron a favor de nuevas localizaciones en la periferia urbana. A ello hay que añadir que, en el plano económico, ni la Feria le resultó rentable al Ayuntamiento, ya que los gastos superaban mucho a los ingresos, y la propaganda municipal fue pobre y poco eficaz. Además la propia Feria, pese a sus orígenes comerciales, no generaba una gran vida económica para una ciudad cada vez más modernizada y abierta a la emergente sociedad del ocio.

Por lo que respecta en la vertiente social de la Feria, bajo el franquismo se hizo patente una clara contradicción entre el discurso oficial interclasista y harmonicista, supraclasista incluso, y una realidad netamente clasista. De hecho, el clasismo está muy presente a la Feria franquista, apreciándose con claridad los cortes que diferencian unas clases sociales de otras, las contraponen y las contrastan, situando a cada una "en su lugar". Un ejemplo de esto puede ser la Batalla de Flores, socialmente estructurada por un eje aristocrático que aglutina la burguesía y grupos dirigentes de la ciudad, frente a la masa informe de espectadores "no de pago". Se trata, pues, de una disposición ritual del festejo, presente también en los pabellones feriales y los *Jocs Florals*, que reafirma simbólicamente las divisiones sociales. Sin embargo, y como ya se ha avanzado, la retórica oficial enfatizaba el hermanamiento y la sana convivencia entre las distintas clases, pero dentro de un orden deseable. Frente al patrón dominante, aristocratizante y burgués, las capas populares quedaban relegadas a una posición marginal de la que, sin embargo, fueron progresivamente emergiendo, guarecidas primero en espacios rituales ocultos y progresivamente, más visibles a mediante con la fallerización experimentada por la Feria y el abandono de esta por parte de las clases altas. debe aclararse que entendemos por fallerización de la Feria la introducción de una serie de festejos y entidades provenientes de la fiesta de las Fallas, que fueron en gran medida las responsables tanto de los eventuales recuperaciones feriales como de su definitiva decadencia, al carecer la Feria de una base social propia y de una renovación que sólo le fue prestada por una fiesta que tendía a expandirse por el calendario festivo, como era el caso de las Fallas.

Uno de los aspectos de la Feria de Julio a destacar es su capacidad por llenar de contenido el denominado valencianismo temperamental, que apela a una vivencia emotiva, sentimental y visceral de la identidad valenciana, especialmente expresada en los rituales festivos (Ariño, 1992). A través de dicho valencianismo, muy visible en los *Jocs Florals*, Valencia volvía a aparecer con la imagen de ciudad fiel, leal, sede de las

flores, las bellas mujeres y la poesía. Esto conectaba perfectamente con una trayectoria ruralista e idealizadora del pasado, solo que en un marco mucho más rígido y castellanizante, que obligadamente se vio impelido a cantar los mitos y glorias del régimen franquista. De alguna manera, aunque la Feria no podía igualar a las Fallas al ser exponente máximo de la identidad valenciana, sí que expresó la identidad de una forma determinada, reflejando un valencianismo festivo y folklorizante, conservador y temperamental, sentimental, regionalista y españolista, coherente dentro los estrechos márgenes dejados por la tolerancia franquista al "inofensivo" caso valenciano. Precisamente con el valencianismo ferial se volvía a evidenciar, como en otras grandes fiestas de la ciudad, una especie de valencianismo franquista que acabó impregnando todo el calendario festivo, al utilizar la fiesta como vehiculador emocional de un mensaje ideológico que intentaba reforzar el discurso españolista bajo el argumento de la salvaguardia de las excelencias de la "patria chica" (Hernández, 2002).

2. La construcción de la Feria de Julio contemporánea

A partir de 1975, se acentuó la línea decadente de la Feria y ésta se tuvo que adaptar a las nuevas circunstancias políticas, marcadas por el fin de la dictadura y la transición a la democracia. Entre 1976 y 1979 la Feria continuó celebrándose con la matriz de festejos heredada de la etapa franquista. Pero con el advenimiento de la primera corporación municipal democrática, en 1979, de signo socialista, la Feria comenzó a experimentar diversos cambios, la mayoría de ellos epidérmicos, como posteriormente volvería a ocurrir con la obtención de la alcaldía por las fuerzas conservadoras en el año 1991.

En todo caso, la prolongada decadencia ferial tenía mucho que ver con las transformaciones que, desde mediados de los años sesenta, habían hecho de Valencia una ciudad moderna, con una oferta de ocio más diversificada durante los meses de verano, si cabe más acentuada por la creciente importancia de las vacaciones y el consiguiente y progresivo abandono de los actos feriales por parte de un público que ahora, o salía de la ciudad hacia zonas de descanso, o encontraba nuevos alicientes en la ciudad al margen de las propuestas feriales. Fue por estas razones, que a partir de finales de los años setenta los nuevos dirigentes municipales, rectores de la programación de la Feria de Julio, se vieron obligados a intentar adaptarse a los nuevos tiempos, también marcados por la necesidad ciudadana de recuperar una fiesta más popular y más vinculada a la expresión de las identidades locales y regionales en el marco del naciente Estado de las Autonomías.

En consecuencia, a finales de los años setenta se asiste a una especie de desmembración del antiguo centro festivo ferial, mediante el traslado de actos y atracciones a otras zonas de la ciudad, algunas de ellas periféricas, quedando el paseo de la Alameda para actos tradicionales como la Batalla de Flores y algún otro evento, a la par que se mantenía el Certamen Musical en la Plaza de Toros y los castillos de fuegos artificiales en el viejo cauce del río.

Los aires democráticos del nuevo consistorio de mayoría socialista implicaron, a comienzos de la década de los ochenta, el intento de revitalizar la Feria introduciendo una programación atractiva y popular en los Jardines del Real, mediante conciertos, especialmente dirigidos a un público joven. Sin embargo, la Feria tradicional se veía tan sólo sostenida, además de por sus actos típicos, por las preselecciones de las comisiones falleras (actos realizados por sectores de la ciudad para ir eligiendo las candidatas a ser Fallera Mayor de Valencia, el máximo cargo simbólico de las fiestas, una suerte de Reina de las Fallas) y la nostalgia de algunas gentes que evocaban la época dorada de los pabellones feriales. El cambio político en el consistorio municipal de 1991, que llevó a la nueva mayoría conservadora a la dirección de la Feria, se plasmó en nuevos intentos de revitalización a través de la recuperación de algunos elementos tradicionales, pero la Feria parecía encallada en su deriva decadente.

Durante la etapa democrática los antiguos discursos enfrentados del franquismo sobre la Feria fueron cediendo terreno a un discurso claramente decadentista, no exento de una cierta carga nostálgica, superada por un mensaje crítico que reclamaba la urgente modernización de la Feria para adaptarla a las exigencias de la sociedad del ocio contemporánea. Buena prueba de ello es el artículo de José Alcañiz, que bajo el significativo título de "¿Debe conservarse nuestra Feria de Julio?", se publicó el 18 de julio de 1992 en las páginas de *Levante-El Mercantil Valenciano*. En dicho artículo recordaba el traslado de la Feria en 1974 de su emplazamiento tradicional en la Alameda, la desaparición de los pabellones y de los *Jocs Florals*, así como los intentos de relanzar la Feria por parte de las comisiones falleras. Para Alcañiz, la Feria debía adaptarse a los nuevos tiempos, sin estancarse en la nostalgia, ante la incertidumbre de su futuro. A este artículo, debe sumarse otro en el mismo sentido de Josep Alarte, también publicado en el medio y fecha antes citados con el título de "Carta a don Julio de Valencia y Presumido", donde se matizaba, desde el recuerdo nostálgico, que la adaptación a la modernidad debía hacerse sin perder los elementos más tradicionales ni esclavizarse a las modas. En 1994 José Alcañiz volvía a quejarse de la decadencia ferial refiriéndose a la trayectoria de los pabellones. Así, mencionando a los nuevamente instalados pabellones (esta vez de carácter municipal), indicaba que "en la actualidad, los nuevos bien podrían adornar cualquier feria pueblerina y sin prestigio" (*Levante-El Mercantil Valenciano*, 23-VII-1994).

En el Extra de la Feria del diario *Levante-El Mercantil Valenciano*, de 1997, diversos reportajes hablaban del problema reseñado y en el encabezamiento de uno titulado "Una feria en vías de extinción", su autor, Paco Varea, señalaba: "La Feria de Julio ya tiene 127 años de edad, pero los problemas persisten a pesar de su antigüedad. Si surgió por iniciativa de un grupo de tenderos para levantar la actividad comercial, ahora existe otro, como es el hecho de la escasa asistencia de público a alguno de los eventos ante la marcha de los ciudadanos a su 'segunda residencia'. En otro reportaje se destacaba que el emplazamiento de las atracciones feriales en el Bulevar Sur había sido un fracaso de público para los empresarios, hasta el punto de haberse

visto obligados a contratar "un autobús para llevar gratis al público a la feria por la escasa asistencia". Estas valoraciones se repitieron en los años posteriores en diversos artículos de opinión y reportajes, en algunos de los cuales los ediles de la izquierda municipal comenzaban a demandar que la programación ferial debía ser reformulada para un entorno estival moderno, lo cual dejaba entrever la problemática adaptación de la antigua Feria de Julio a la modernidad.

En cuanto a los festejos feriales, durante el período que va de 1975 a finales del siglo XX se mantuvo o menos la tónica anterior en cuanto a su antigüedad, regularidad y temática, aunque se redujo su número, así como la capacidad de atracción de espectadores. Sí que destaca en las últimas ediciones feriales la tendencia a aumentar los días de feria, de modo que ésta duraba prácticamente un mes (del 26 de junio al 26 de julio en 1998). El programa de festejos siguió sustentándose básicamente sobre la feria taurina, que cada vez seguía una dinámica más autónoma, el certamen de bandas de música, los castillos de fuegos artificiales, los espectáculos musicales - que sustituyen el antiguo ambiente de los pabellones - las atracciones feriales y el broche final de la Batalla de Flores, mientras los *Jocs Florals* se desligaban totalmente de la Feria y no volvieron a ella. En los años noventa la gestión municipal de la Feria introdujo desfiles de moda, cenas populares de sobaquillo o se intentó potenciar cierta vertiente religiosa a través de la incorporación de actos en honor de san Cristóbal y la Virgen del Carmen. Además, la fallerización de la Feria se mantuvo, variando su grado de unos años a otros, aunque es un hecho en aumento a principios de los noventa, con el intento de recuperación de los pabellones - ahora municipales - como marco para las preselecciones para el nombramiento de la fallera mayor de Valencia. El fenómeno de la fallerización se puede ejemplificar en el programa de actos de 1998, donde de los 68 festejos programados, 18 eran preselecciones para la elección de la Fallera Mayor de Valencia, así como en la fuerte participación fallera en la Batalla de Flores, si bien ésta ya era un hecho evidente desde los años sesenta. De hecho éste último festejo, que cierra la Feria, siempre había destacado por la participación de los artistas falleros en la confección de carrozas florales. Aún hoy en día tiene lugar en la Ciudad del Artista Fallero la denominada *Nit de la Punxà*, la víspera del desfile, en la cual los artistas y sus ayudantes pinchan las flores en las carrozas que han de desfilar en la Alameda, si bien en los últimos años el acto también se ha fallerizado, al convertirse en una noche dedicada a las aspirantes a Fallera Mayor de Valencia.

Durante estos años los espacios de la Feria sufrieron diversas modificaciones. Son de destacar los traslados sufridos por las atracciones desde el paseo de la Alameda a diversos tramos del viejo cauce del río, así como los intentos de descentralización de festejos nocturnos a partir de 1996, la mayoría de ellos asociados a las mencionadas preselecciones falleras (en el Parque Oeste, Parque de Benicalap, Parque de Cabecera, Tinglados del Puerto, Palau de la Música y zona de la Alameda), o el protagonismo de los Jardines del Real, concentrando numerosas veladas musicales. Con todo, la falta de

raíces populares de la Feria se puso más en evidencia, especialmente por el incremento de la oferta de ocio nocturno para los más jóvenes y la consumada deserción de las clases pudientes que antiguamente animaban el Real de la Feria. En este sentido, la Feria se fue convirtiendo en un espectáculo más de verano, obligado a competir con las cada vez más dinámicas programaciones festivas de los pueblos circundantes de Valencia o las ya mencionadas ofertas de ocio joven, que pasaban por unos parámetros de diversión bastante alejados del tradicional paseo por las atracciones feriales o la participación en los bailes que las orquestinas contratadas por el Ayuntamiento ofrecían en los diversos pabellones instalados al efecto, pues a excepción del protagonismo de la Junta Central Fallera, las asociaciones e instituciones valencianas ya no participaban en ellos y limitaban su actividad al patrocinio de algunas carrozas de la Batalla de Flores.

La disolución de la Feria de Valencia en la oferta estival de ocio se tradujo en la disminución de su repercusión económica. Ésta era mucho menor en la partida que a la Feria destinaba el presupuesto municipal respecto a otras épocas, pero también se plasmaba en las frecuentes quejas de los feriantes que intentaban negociar con las instancias oficiales espacios donde sus respectivos negocios pudieran marchar mejor, mediante la mejora de las instalaciones y una mayor publicidad de las atracciones.

En el ámbito social, se puede destacar el definitivo abandono de la Feria por parte de la alta burguesía, así como la creciente participación de las clases medias y medias-bajas, especialmente en los espectáculos a ellas dirigidos, o a través de los actos falleros, los castillos de fuegos artificiales o el Certamen de Bandas (celebrado en el Palau de la Música). Tan solo quedaba un último reducto de la intervención de algunos representantes de las clases altas en la Batalla de Flores. Atrás quedaban ya los antiguos bailes de gala y el ambiente aristocrático del Real de la Feria, definitivamente orientada hacia un público popular y reconvertida progresivamente en un conjunto de espectáculos y actos sin apenas más objeto celebrado que la propia nostalgia del viejo esplendor ferial. Si en otros tiempos la Feria fue una fiesta con una clara separación entre pobres y ricos, entre clases acomodadas, que se reflejaban y autoensalzaban en los actos feriales, y las clases populares que participaban en los espacios a ellas reservadas, a partir de los años sesenta y ya muy claramente a partir de los años ochenta, esta separación, sobre ser efectiva en el marco de la fiesta ciudadana en general, se fue diluyendo en el caso de la Feria, más por deserción de las clases altas que por la de las clases populares. Éstas, además, han ido compartiendo progresivamente la Feria con la cada vez mayor diversidad de oferta lúdica y de ocio estival.

Como consecuencia de la pérdida de peso específico de la Feria en los órdenes festivo, espacial, económico y social, en las últimas dos décadas del siglo XX se experimentó una pérdida de potencia simbólica por lo que concierne a la expresión ritual de la identidad valenciana. En este sentido, la definitiva desaparición de la Feria de los *Jocs Florals* fue decisiva. De los aspectos más claramente identificables con un cierto

sentimiento valencianista quedaban ya pocos aspectos en la Feria contemporánea, especialmente concentrados en la simbología tradicional desplegada en la Batalla de Flores (motivos de las carrozas, *tabals i dolçaines*, grupas de parejas ataviadas con el traje típico), en las no menos tradicionales imágenes desplegadas en los carteles anunciadores, en los pasodobles de los maestros valencianos que se escuchan en el Certamen Musical, en la destreza de los pirotécnicos de la tierra y, muy especialmente, en la considerable carga simbólica que contienen los actos falleros, como los que se celebran en la Feria (preselecciones, bailes regionales, etc.). En el resto de festejos, especialmente en la programación musical, pasaban a primar las tendencias del mercado, de marcado carácter masificador y multinacional, con la proliferación de una programación de tipo estandarizado, de acuerdo con los patrones imperantes en las grandes fiestas estivales. Por lo tanto, y al margen de los sucesivos vaivenes políticos del Ayuntamiento de Valencia, se puede apreciar como desde 1975 la Feria de Valencia se fue desvalencianizando, al menos en su vertiente más tradicionalista y costumbrista, sin contar con nuevas plasmaciones que la reemplazaran en su función identitaria. De esta forma, la Feria experimentó una disminución de su capacidad de expresión de una determinada imagen de la identidad valenciana que históricamente había contribuido a consolidar.

3. De la Feria de Julio al Festival de Verano

La evolución de la antigua Gran Feria de Valencia durante la última década responde a una interesante dialéctica entre los restos patrimonializados del mundo de la tradición decimonónica y las exigencias de la modernidad tardía (Hernández, Santamarina, Moncusí y Albert, 2005). Esta dialéctica se ha manifestado no solo en los diversos intentos institucionales de reconducir la Feria, evitando su definitiva despersonalización, y conduciéndola hacia derroteros que hicieran compatibles los elementos provenientes de la época dorada de la Feria con los que la moderna sociedad de masas, urbanizada y postindustrial demanda, sino que también se ha plasmado en el tipo de participación popular, oscilante entre la típica de una fiesta popular y la propia de la asistencia a un evento contemporáneo multidimensional. Por todo ello, bien se puede decir que la Feria contemporánea y su gestión cultural institucional se encuentran en una especie de encrucijada, en la que se halla ligada tanto a las más recientes transformaciones sociales y culturales como a los condicionantes derivados de su propio origen.

Con la entrada en la modernidad avanzada, las fiestas urbanas han experimentado hondas transformaciones que las han llevado por la senda de la convergencia con los grandes eventos contemporáneos, diseñados claramente con el objetivo de generar espectáculo, atraer turistas y situar las ciudades en un entramado global de ocio y entretenimiento (Gaja, 2013). Este hecho ha colocado claramente las fiestas dentro de la órbita de las políticas culturales de las instituciones, lo que ha implicado tanto su creciente consideración como bienes patrimoniales como su puesta en escena desde presupuestos ligados a

las necesidades del mercado de la cultura y la participación ciudadana. En este contexto, se ha producido una auténtica reconfiguración de las fiestas, especialmente de las más grandes, caracterizada por su espectacularización, turistificación, racionalización y planificación (Ariño y Gómez, 2012). De esta forma se ha producido la emergencia de la profesionalización de la gestión cultural de las fiestas, de acuerdo a criterios de eficiencia, organización y vinculación a la proyección de una imagen externa de la localidad y de su identidad. Es así como han aparecido los expertos en planificación de la fiesta, como si de otro evento cultural se tratara, lo que se ha dado en llamar la "ingeniería festiva", cada vez más relevante dentro de los aparatos burocráticos de gestión de la cultura de las administraciones públicas, que a la sazón también precisan contar con el concurso de la trama de la sociedad civil y de las empresas especializadas, o de otras que buscan el escaparate de la fiesta como privilegiada atalaya desde la que arañar nuevas cotas de mercado.

Bajo estas circunstancias la fiesta popular, con independencia de colores políticos, se ha ido reconfigurando como producto de consumo de masas, con la consabida intensificación de los elementos de control, vigilancia, regulación y asepsia que ello conlleva (Antebi i Pujol, 2008). De este modo, los programas festivos tienden a ser cuidadosamente diseñados para satisfacer los gustos, preferencias y deseos de capas muy extensas de la sociedad, lo que se ha dado en llamar las "fiestas para todos" (Velasco, Cruces y Díaz de Rada, 1996). Así, las fiestas se piensan para todo tipo de públicos, en algunos casos con actos masivos para todos ellos, y en otros con actos específicos para cada uno de los diversos segmentos de públicos (niños, adultos, jóvenes, falleros, tercera edad, inmigrantes, asociaciones, turistas, etc.). Consecuencia de esta perspectiva son la descentralización, diversificación y gestión administrativa de las fiestas populares, hecho al cual debe añadirse, en el caso de las grandes fiestas urbanas estivales, la progresiva convergencia de estas fiestas con los modernos festivales, actos y acontecimientos creados para la promoción cultural de las ciudades, cada vez más conectadas con un entorno global progresivamente más competitivo y exigente, especialmente en el caso aquellas que aspiran a ser "ciudades globales", como en el caso de Valencia (Cucó, 2013a; Rausell, 2006; Hernández y Albert, 2012)). De este modo, las fiestas también pasan a servir los intereses de las instituciones públicas por la proyección exterior de las ciudades y su oferta cultural.

Los rasgos expuestos se han evidenciado también en el caso de la Feria de Valencia. La descentralización se ha acentuado, llevando la fiesta a los barrios y especialmente hacia la zona marítima. Se ha producido la incorporación de nuevos actos al programa ferial. Se han potenciado los conciertos de los Jardines del Real, con diversos géneros musicales, aunque con preferencia por la música más comercial, sin apenas espacio para la música contemporánea en valenciano, y con vistas a satisfacer a un público amplio. Se han afianzado las proyecciones de cine al aire libre, e incorporado actividades más orientadas hacia un público de la tercera edad o más tradicional, como es el caso de el Certamen de Cornetas y Tambores, la Gala Lírica de Ópera y Zarzuela,

la *Nit de Ball i Cant Valencià*, el Concurso de la Canción Valenciana o la *Trobada de Cors de la Comunitat Valenciana*. También han hecho acto de presencia en el programa el mercado medieval, festejos de Moros y Cristianos o la innovación de presentar fiestas de inmigrantes, a modo de réplica de sus versiones originales. Por otra parte se ha sumado al programa el Festival de Jazz del Palau de la Música, así como la programación de la sala *Greenspace*, más dedicada a la música independiente (así ocurrió en 2008). Paralelamente se han incluido clases de actividad física, animación infantil en el Parque Gulliver, así como muestras de artesanía, cultura, gastronomía y recreaciones históricas. Además, en 2008, y a imitación de otras grandes ciudades europeas, se introdujo la *Gran Nit de Juliol*, que sigue el modelo de las “noches en blanco” europeas, con los museos abiertos por la noche y el desarrollo de espectáculos en diversos puntos de la ciudad. La actividad fallera completa el programa, con la incorporación de diversos actos falleros y la celebración, ya muy consolidada, de los festivales de preselección de las candidatas a fallera mayor de Valencia, que se celebran en diversos parques de la ciudad.

Como consecuencia de todas estas novedades el programa de 2009 se componía de 120 actividades, que también incluían, además de lo señalado, bailes de salón, *play-backs*, verbenas populares, pasarela benéfica de moda y el Pregón a la Virgen del Carmen. Con todo, en el conjunto de la programación se advierte una falta de coherencia y una manifiesta desarticulación, como si toda la Feria se hubiera transformado en una especie de imitación no muy elaborada del modelo de festivales de verano. El programa de 2012 no introduce apenas modificaciones, salvo añadidos sin gran coherencia con el conjunto del programa ferial, ya de por sí incoherente, como una concentración y exposición de motos Harley, conciertos *remember*, muestra de artesanos y mercaderes, concentración de vehículos de época y deportivos, muestra de esculturas sobre la arena o degustaciones de horchata, además de introducir tamborradas o desfiles de figuras mitológicas descontextualizadas en la *Gran Nit de Juliol*.

Como se ha señalado en un trabajo sobre la Feria actual (García Torres, 2009), se sigue potenciando un folklorismo idílico de lo valenciano, cada vez es más notable la fallerización de la Feria, la programación no está pensada para atraer al turismo y tiene, en muchos casos, escaso atractivo comercial y un bajo nivel de calidad. Además, como reseña este trabajo, se apuesta por la conversión de la Feria en un evento, dentro de la política cultural de grandes eventos del Ayuntamiento de Valencia y la Generalitat Valenciana, si bien, dada la deficiente articulación y coherencia interna de la Feria, esta queda bastante deslucida como espectáculo al lado de los grandes eventos oficiales, al tiempo que no sirve a la motivación de insertar Valencia dentro de la red de ciudades globales.

Por todo ello, bien podemos concluir que la antaño Gran Feria de Valencia, a lo largo de diversas mutaciones históricas, se ha ido convirtiendo, acorde con las exigencias de la fiesta de la modernidad avanzada, en una suerte de un deslucido Festival de Verano influido por

las nuevas tendencias de las grandes fiestas de diseño urbano. En principio el festival estival que actual mente es la Feria de Valencia se querido ligar al modelo de urbanismo neoliberal y gestión cultural de la Valencia global (Cucó, 2013b), un modelo que a raíz de la crisis de 2008 se ha hundido, al dispararse la deuda pública y revelarse el derroche en grandes eventos asociado a importantes casos de corrupción. No obstante la propia Feria ha estado bastante desconectada de lo esencial de este modelo, que siempre contempló las fiestas locales como un patrimonio cultural de segunda categoría, por lo que en realidad ha existido una deficiente e improvisada elaboración de un modelo específico de Festival. Todo ello sitúa a la Feria de Valencia en unas circunstancias cruciales, pues en un contexto de crisis económica se está viendo obligada a conjugar de una manera mucho más imaginativa su herencia cultural y su brillante pasado con las nuevas proyecciones de la política cultural contemporánea para una ciudad que intenta abrirse un hueco importante en el mundo global lleno de incertidumbres.

Bibliografía

- ALMELA I VIVES, F. 1934. *La Feria de Julio a través de los años*. València: Semana Gráfica.
- ANTEBI, A. i PUJOL, A. 2008. *Entre el poder i la màscara. Una etnohistòria del Carnestoltes a Barcelona*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- ARIÑO, A. 1992. *La ciudad ritual. La fiesta de las Fallas*. Barcelona: Anthropos.
- ARIÑO, A. 1993. *El calendari festiu de la València contemporània (1750-1936)*. València: IVEI.
- COLOMA, R. 1998. Anecdotalari d'una història pròxima, *La Fira de València. imatges de la Biblioteca Valenciana*. València: Generalitat Valenciana, pp. 27-57.
- CUCÓ, J. 2013a. Poniendo a Valencia en el mapa global. Políticas, desarrollos urbanos y narrativas sobre la ciudad, *Metamorfosis urbanas. Ciudades españolas en la dinámica global*. Barcelona: Icaria, pp. 157-179.
- CUCÓ, J. 2013b. La ciudad pervertida. Explorando la fórmula de renovación urbana de la Valencia glocalizada, *La ciudad pervertida. Una mirada sobre la Valencia global*. Barcelona: Antrhopos, pp. 7-15.
- GAJA, F. 2013. Cui prodest? Grandes eventos/grandes proyectos. Una apuesta perdida, *Metamorfosis urbanas. Ciudades españolas en la dinámica global*. Barcelona: Icaria, pp. 201-228.
- GARCÍA CANCLINI, N. 2002. *Culturas populares en el capitalismo*. México: Grijalbo.

GARCÍA TORRES, M. 2009. *La Feria de Julio* [trabajo para el Máster de Gestión Cultural]. Valencia: Universidad de Valencia (inédito).

HERNÁNDEZ, G.M 1998. *La Feria de Julio de Valencia*. València: Carena, 151 p.

HERNÁNDEZ, G.M 2002. *La festa reinventada. Calendari, política i ideologia en la València franquista*. València: Publicacions de la Universitat de València.

HERNÁNDEZ, G.M.; SANTAMARINA, B.; MONCUSÍ, A. y ALBERT, M. 2005. *La memoria construida. Patrimonio cultural y modernidad*. Valencia: Tirant lo Blanch.

RAUSELL, P. 2006. Consideraciones sobre el tránsito de Valencia hacia la Ciudad Global, *Ciudades. Políticas culturales para ciudades y ciudadanos*, nº 71, pp. 26-34.

VELASCO, H.; CRUCES, F. ; DÍAZ DE RADA, A. 1996. Fiestas de todos, fiestas para todos, *Antropología*, nº 11, pp.147-163.